V. LOS GERMANOS.

INVASIÓN DE LOS BARBAROS.

220. Los germanos. — Entre el Rhin y el Danubio, en el país que hoy forma la Alemania, habitaban pueblos todavía bárbaros, que los romanos llamaron **germanos.**

Cuando los de la frontera se encontraron frente á los ejércitos romanos (cosa que ocurrió desde el siglo I), entablaron con ellos la lucha. Entonces empezó una larga serie de pequeñas guerras fronterizas. Los romanos, mejor armados y disciplinados, dispersaban casi siempre á los bárbaros, haciéndolos prisioneros y reduciéndolos á esclavitud. Un oficial romano, que había asistido á esas luchas, dice, á propósito de la batalla de Estrasburgo : « Los bárbaros nos son superiores por la estatura y la fuerza muscular; pero inferiores en la táctica y la disciplina. » Á menudo se presentaban en la frontera romana y pedían tierras, resueltos si se las negaban á tomarlas por la fuerza, pues siempre iban armados.

221. Las bandas. — La mayor parte de los guerreros germanos no consideraban digna más que la guerra. « Siempre que no están en lucha, dice Tácito, pasan su tiempo cazando y, sobre todo, comiendo y durmiendo... »

Estos guerreros de oficio se reunían en torno de un jefe noble ó famoso y le juraban fidelidad. Así se formaba una banda de **compañeros** afectos á un jefe, que vivían en su casa, comían con él, y que en la batalla lo rodeaban y se hacían matar defendiéndolo. Estas bandas necesitaban de la guerra, los compañeros para romper la monotonía de aquella vida de banquetes y de ociosidad, y los jefes para tener medios con que alimentar á sus hombres.

Lo que principalmente los atraía era el Imperio ; unos se lanzaban sobre las provincias fronterizas para **devastarlas,** otros **entraban en el servicio** de Roma contra los invasores bárbaros.

222. Decadencia del Imperio romano. — Los romanos habían exigido siempre á sus súbditos mucho dinero.

En el siglo IV las poblaciones pagaban con mucha dificultad los impuestos, tal vez por efecto de las guerras civiles y las luchas con los bárbaros. Entonces los agentes del fisco emplearon la fuerza para obtener el abono de los tributos.

Los romanos no se tomaban el trabajo de cobrar por sí mismos el dinero que pagaban sus súbditos. El emperador se limitaba á indicar cuánto debía pagar cada provincia, y luego el gobernador, esto es, la **curia,** tenía que satisfacer la suma exigida. Mientras la ciudad fué rica, la curia se limitaba á repartir el impuesto entre los habitantes y á recaudarlo. Pero si los vecinos no podían pagar, los miembros de la curia tenían que hacerlo, pues eran **responsables de la contribución** y el fisco no renunciaba á sus derechos.

Así se iban arruinando poco á poco los propietarios, por lo cual abandonaban sus propiedades, dejando paulatinamente despobladas las provincias.

223. Transformación del ejército. — Este grande y civilizado imperio atraía á los bárbaros, que hacían constantes tentativas para penetrar en él. Mientras el gobierno romano tuvo á sus órdenes un buen ejercito, fué fácil rechazarlos. Pero con los soldados ocurría lo que con el dinero : cada vez era más difícil encontrarlos. Los habitantes del Imperio habían adquirido la costumbre de vivir en paz y la vida militar les ofrecía escaso atractivo. Hubo que pedir reclutas á los grandes propietarios, que enviaban al ejército algunos de sus servidores. Estos infelices, arrancados por fuerza al arado, eran **malísimos soldados.** Ya en el siglo IV, los legionarios no eran bastante robustos para llevar la coraza y habían reemplazado el casco por un sombrero.

En el siglo V, los generales romanos prefirieron emplear **guerreros bárbaros,** que á lo menos peleaban con ardor ; éstos eran acantonados con sus mujeres, familias y servidores en **territorios** que se les otorgaban en pago de sus servicios. Llamábaseles *confederados* (aliados).

224. La invasión. — En el imperio había muchos territorios vacantes y pocos soldados. Los bárbaros, que eran todos guerreros, y que querían ser propietarios, se los hacían otorgar, ya inspirando terror como enemigos, ya en-

trando en el servicio romano como aliados. Esta entrada de los bárbaros en el Imperio es lo que nosotros llamamos **invasión de los bárbaros** y los alemanes **emigración de los pueblos**. Este hecho no se produjo de golpe y de una vez; al contrario, los germanos llegaron **banda tras banda**, la primera de ellas en 376, la última en 568. De modo que el movimiento de que hablamos duró **cerca de dos siglos** en Occidente, continuando en Oriente por espacio de toda la edad media.

El resultado más directo de la invasión, fué por de pronto, **disminuir el grado de civilización** del Imperio.

225. Muchas ciudades quedaron destruidas para siempre; otras se despoblaron reduciéndose á caseríos fortificados. Los teatros, los baños, las escuelas, todos los monumentos romanos fueron convirtiéndose en ruinas poco á poco; en multitud de puntos sirvieron sus piedras á los habitantes para construir baluartes. Ya no se formaron más artistas, y sólo hubo artesanos. También acabaron los espectáculos, las escuelas y la literatura.

Los habitantes del imperio se **asemejaron á los invasores**.

226. Los bárbaros no trajeron á la civilización creencias ni inventos nuevos; pero vinieron con costumbres que han transformado la condición social de los propietarios y de los campesinos, y modificado todas las reglas del gobierno. En tal sentido, esta invasión es un gran acontecimiento en la historia de la civilización, porque **transformó renovándolos la sociedad** y el **gobierno** en Europa.

CONVERSION DE LOS GERMANOS.

227. Los bárbaros arrianos. — Casi todos los bárbaros se convirtieron al entrar en el imperio, no al catolicismo, sino á la secta del **arrianismo**.

Sus súbditos romanos eran ortodoxos. Esta diferencia de religión fué causa de multitud de persecuciones, por espacio de más de un siglo. Los **francos**, más bárbaros que los otros, seguían siendo paganos; éstos se establecieron al nordeste de la Galia (Bélgica y Picardía actuales).

228. Conversión de los francos. — Los obispos ortodoxos preferían estos paganos, que esperaban convertir, á los bárbaros cristianos obstinados en el arrianismo. El jefe de una banda de guerreros francos, **Clodoveo,** aceptó el bautismo de manos de San Remigio, obispo de Reims; 3.000 de sus soldados adoptaron la fe cristiana al mismo tiempo que él. No tardó este jefe de banda en convertirse, con apoyo de todo el clero católico, en **único rey de la Galia**.

Sin embargo, todavía pasaron más de dos siglos (del VI al VII) antes de que todos los francos se hubiesen convertido al cristianismo.

229. Conversión de los anglo-sajones. — En el siglo VI fué la Gran Bretaña invadida, una vez que la habían abandonado los romanos, por bandas de guerreros feroces, los anglos y los sajones, llegados por mar desde las costas de la mar del Norte. Estos bárbaros conservaron la antigua religión pagana de los pueblos de la Germania.

Refiérese que San Gregorio vió, cuando todavía no era papa, en un mercado de esclavos de Roma, unos niños rubios y de cutis blanco. Al preguntar de dónde venían, les contestaron que eran anglos. « El nombre les cuadra, replicó el futuro pontífice; *anglos*, hermosos como *ángeles*. ¿Y son cristianos? Dijéronle que no, que eran paganos, y entonces él agregó : « ¿es posible que tan hermosas frentes contengan una inteligencia privada aún de la gracia de Dios? » En adelante, su principal preocupación fué convertir á los anglos. — Así que llegó al papado, mandó cuarenta monjes, bajo la dirección de San Agustín, á dar con uno de los reyes del país, al cual llevaron un cuadro que representaba á Jesucristo. El rey reunió su consejo de magnates y les preguntó si convenía ó no adoptar la nueva religión. Uno de los jefes se levantó y dijo á la asamblea : « Quizás recuerdas, ¡oh rey! una cosa que sucede á veces en los días de invierno cuando estás sentado á la mesa con tus guerreros. Tu fuego está encendido y caliente tu comedor, mientras que fuera sólo hay lluvia, nieve y tormenta. Entonces aparece un pajarito que atraviesa la sala, entrando por una puerta y saliendo por otra. Este pequeño instante, durante el cual permanece en el interior, le es grato, pues no siente frío ni calor; pero el bienestar pasa pronto; el pájaro se va, y del invierno vuelve al invierno. Tal me parece también la vida de los hombres sobre la tierra, en comparación del tiempo incierto y desconocido que hay más allá. Aquella aparece por corto tiempo, ¿pero cuál era el tiempo que había antes, y cuál el que viene

después? Nada sabemos; por esto digo que si la nueva religión puede enseñarnos algo más cierto, merece que la adoptemos.» El cristianismo agradaba á aquellos bárbaros serios, porque les hablaba del *más allá*.

230. Los misioneros habían recibido encargo del romano pontífice de no atacar violentamente las antiguas creencias.

Conviene no destruir los templos de los ídolos; al contrario, debemos conservarlos y consagrarlos al servicio del verdadero Dios, pues mientras la nación vea subsistir los antiguos lugares de su devoción, se inclinará más á frecuentarlos, porque así lo quiere la costumbre. Los hombres de esta raza tienen la práctica de inmolar bueyes en sus sacrificios: es necesario que este uso sea transformado por ellos en solemnidad cristiana. Déjeseles construir cabañas de ramajes en torno de los templos transformados en iglesias; que se reunan y lleven allí sus animales, los que entonces serán inmolados, no como ofrenda á los demonios, sino en honra de Dios.»

Los anglos y los sajones no persiguieron á los misioneros y fueron convirtiéndose poco ó poco, hasta el punto de que en el siglo VIII, toda Inglaterra se había hecho cristiana.

231. Conversión de Alemania. — Los germanos que quedaban en Alemania formaban varias naciones, todas paganas todavía en el siglo VI. Unos monjes irlandeses empezaron el trabajo de su conversión.

San Wulfrán logró que Radbod, duque de los frisones, se dejara bautizar; pero en el momento de entrar en la pila, el duque preguntó dónde estaban sus antepasados, y como le contestasen que en el infierno, declaró que no quería ser cristiano, para no verse separado de ellos. Al fin un anglo-sajón que se llamaba Winfrido, pero que recibió el sobrenombre de **Bonifacio**, mereció que se le llamara también el **apóstol de los germanos**.

Este misionero había sido recomendado á los jefes germánicos por Carlos Martel, que lo era de los francos. Gracias á esta protección pudo Bonifacio penetrar hasta el corazón de Alemania, y allí celebró reuniones, derribó árboles sagrados, convirtió á cierto número de jefes, hizo prohibir el culto de los ídolos, y acabó por establecerse en Maguncia con el título de arzobispo.

232. Todavía quedaba un pueblo pagano, los sajones, en el país del Weser (Westfalia y Hannóver); pero Carlomagno **obligó** á sus jefes á bautizarse, al cabo de sangrientas guerras. Después estableció obispos y monjes en el país, les suministró abundantes recursos, y decretó **pena de muerte** contra todo sajón que adorase sus antiguos dioses ó que faltara en la observancia de los ayunos prescritos por la Iglesia. Con esto, Alemania entera fué **cristiana** y **afecta al Papa**, lo mismo que Inglaterra.

LOS REINOS BÁRBAROS.

233. Restauración del régimen imperial. — Los reyes bárbaros establecidos en el imperio no querían destruir las instituciones de éste; su deseo hubiese sido ocupar el puesto del emperador, hacer leyes, juzgar, cobrar impuestos, gobernar, en una palabra como el emperador había gobernado. Así lo hicieron en el siglo V los reyes de los burgondas, de los visigodos y de los vándalos, y en el VI el rey de los ostrogodos de Italia, Teodorico.

Los reyes francos de la Galia eran más bárbaros; sin embargo, también trataban de gobernar **á la romana**.

El rey Chilperico hacía versos latinos, «cuyos pies cojeaban todos»; además inventó nuevas letras, *æ*, *o*, *th*, *w*, y ordenó á sus condes que mandasen raspar con piedra pómez los pergaminos de los libros de enseñanza en las escuelas públicas, para escribirlos otra vez con las nuevas letras.

Trajes carolingios.

234. Los carolingios. — Los reyes de Francia no lograron convertir en súbditos dóciles á sus bárbaros. Por el contrario, para conservar en torno

suyo á sus guerreros, tuvieron que concederles poco á poco dominios reales, y así **se empobrecieron** de tal modo, que casi no les quedó ningún poder. Á estos últimos soberanos de la familia de Clodoveo, es á los que se ha dado el nombre de *reyes holgazanes*.

En la parte oriental del reino, hacia las Ardennes, existía una familia de grandes propietarios muy respetada y que se hacía obedecer por todos los guerreros de su país. El jefe de esta familia se hacía llamar **duque de los francos**.

Estos duques obligaron á los guerreros francos á seguir sus órdenes y con el título de *mayordomos de palacio* fueron los verdaderos señores de todo el reino. Al cabo de medio siglo quiso uno de ellos, Pepino el Breve, tener el **título de rey**. Consultóse al papa Zacarías y éste contestó que quien poseía el poder real debía disfrutar también de los honores que éste lleva consigo. » (752). En consecuencia, Pepino fué proclamado **rey de los francos**.

CARLOMAGNO.

235. Restablecimiento del imperio. — Carlos el Grande, **Carlomagno,** hijo de Pepino, sometió al frente de sus guerreros todos los pueblos de Alemania; por el este llegó hasta el **Elba** y por el oeste hasta el **Ebro**. Su imperio abrazaba la **Francia**, la **Alemania** y la **Italia del norte**. En aquella época, los **papas** no se sentían seguros en su ciudad de Roma, pues tenían que temer al mismo tiempo á los lombardos que habían conquistado el país que aun lleva su nombre, y á los emperadores de Bizancio, que se consideraban como los señores de Italia; y aun en la misma Roma no siempre tenían fuerza bastante para hacerse respetar. El papa Leon III estuvo á punto de perecer en un motín; se salvó huyendo, pero después de ser herido y pisoteado.

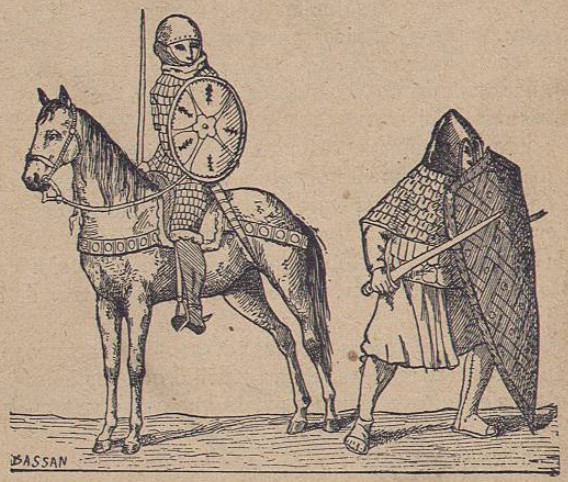
236. Los soberanos pontífices necesitaban, pues, un **protector poderoso**. Carlomagno se mostró dispuesto á serlo.

Habiendo ido á Roma en el año 800, el papa lo ungió y lo proclamó **emperador**. Según refiere su amigo Eginhardo, Carlomagno no había preparado esta ceremonia, limitándose á ceder á los deseos del papa; pero exceptuando muy

contadas ocasiones, se negó siempre á vestir el traje imperial, y llevó su **uniforme franco,** el pantalón de hilo sujeto con unas bandas, la túnica de lana mantenida por un cinturón y el ancho manto.

237. Esta coronación no aumentó el poder de Carlomagno; pero no por esto dejó de ser un acontecimiento importante. En adelante existe en Occidente un emperador que el papa y todos los obispos reconocen como su soberano y que se convierte en protector nato de la Iglesia. Hay dos poderes oficiales, el **Papa** y el **Emperador**, que gobiernan en común al pueblo y al clero.

238. El ejército. — Carlomagno fué sobre todo un **jefe de guerreros**, que realizó durante su vida cincuenta y tres



Jinete y peón ó infante en tiempo de Carlomagno.

expediciones militares. Para poder sostener estas guerras incesantes, era preciso que el pueblo fuese un ejército. Con arreglo á las costumbres de las naciones germánicas, **todos los propietarios** eran al mismo tiempo soldados. Cuando el rey quería entrar en campaña, les mandaba que se reuniesen en un punto dado, y era necesario estar presto al día siguiente de recibir la orden. Los que faltaban á la cita pagaban una enorme multa (*heerbann*). Los obispos y

los abades debían hacer exactamente lo mismo que los seglares.

239. Hé aquí una carta de convocatoria dirigida al abad de Fulda : « Os mandamos que estéis en el punto de cita el 20 de Junio con vuestros hombres armados y equipados convenientemente. Iréis á dicho sitio en disposición de poder combatir donde quiera que os lo mandemos, esto es, con vuestras armas, herramientas y provisiones. Cada jinete tendrá un escudo, una lanza, una espada, otra corta, un arco y un carcax lleno. Llevaréis en los carros instrumentos de distintas clases, hachas, paletas, barrenos, azadas, palas de hierro y demás herramientas necesarias al ejército. Haréis provisiones de víveres para tres meses, y de armas y trajes para seis. »

240. Los guerreros tenían que armarse y equiparse **á su costa**. Los menos ricos acudían á pie, armados con un largo escudo; pero cuantos poseían medios bastantes para ello, hacían la campaña á **caballo** y cubiertos con una **armadura** de hierro.

Cuando los combatientes pudieron vestirse á su antojo, prefirieron naturalmente el equipo que más los preservaba del peligro. Por esto fué que los peones ó infantes desaparecieron de los ejércitos, y á fines del siglo IX no quedaron en la Europa occidental más guerreros que los **de á caballo**, cubiertos de hierro. Esos son los **caballeros** de la edad media.

241. Las escuelas y las letras. — Carlomagno amaba las letras, con ese amor sencillo que los hombres incultos sienten casi siempre por lo que está escrito; también consideraba que su culto era inseparable del de la religión cristiana.

El emperador escribía en 787 : « En la mayor parte de las cartas que desde muchos conventos nos han escrito en los últimos tiempos para hacernos saber que los monjes que en ellos habitan multiplican sus oraciones por nuestra dicha, hemos observado sentido muy recto á la par que poco culta expresión. Así es que hemos empezado á temer que, faltando ciencia en la manera de escribir, hubiese también mucha menos inteligencia de la que se necesita *para interpretar los libros santos*. En consecuencia, os exhortamos á rivalizar en celo para instruiros, á fin de poder *penetrar fácilmente y con mayor seguridad, los misterios de las Santas Escrituras.* »

242. Por esto ordenó que cada catedral y cada convento tuvieran su **escuela**. En su corte había una, llamada **del palacio**, regida por eclesiásticos de su capilla, y á cuyas lecciones asistía en ocasiones el soberano. Los niños aprendían allí á leer, á escribir, á cantar los oficios; de estos discípulos sacaba Carlomagno sus obispos y sus abades.